

diseminados y muy alejados unos de otros. Cabral en esta carta llama también la atención del general sobre la necesidad de fundar una casa especial como seminario para los naturales que se habían de formar para el ejercicio de catequizar; dice que los pocos de que para esto disponía, estaban ya debilitados por el continuo trabajo, y algunos también habían muerto, de suerte que era necesario nuevo auxilio (1). Pero a pesar del número insuficiente de misioneros, en el tiempo siguiente hubo con todo grandes éxitos, de los cuales se facilitaron noticias circunstanciadas a los países de Europa por medio de especiales relaciones impresas en lengua latina, italiana y alemana (2).

En el año 1575 el soberano de Tosu en Schikoku, en 1576 el príncipe de Arisma, y en 1578 el de Bungo abrazaron el cristianismo. Fueron especialmente grandes los progresos de la misión en Meaco, donde se efectuaron conversiones en masa. Muchos altos dignatarios profesaban el cristianismo. Nobunaga continuaba tratando a los misioneros con la mayor honra y platicaba con ellos sobre cuestiones religiosas. Ya creían los optimistas, que en diez años sería cristiano todo el Japón (3).

Un suceso importante para las misiones del extremo Oriente fué la llegada del Padre Alejandro Valignani, enviado como visitador. Este varón insigne, natural de Chieti en los Abruzos, unía un ardiente celo de las almas con grandísima prudencia; con el tiempo se iba a conquistar la gloria de ser, después de San Francisco Javier, apóstol del Oriente, el que más ha hecho por cristianizar estas regiones (4). Cuando Valignani en julio de 1579 arribó al Japón, encontró allí 150000 cristianos, para los cuales no había sin embargo más que 59 misioneros, entre ellos 23 sacerdotes (5). Dividió el Japón en tres distritos: Bungo, Meaco e Hizen (Figen). En Arima fundó un seminario, al cual siguió más

(1) V. *ibid.*, 183 s.

(2) Cf. Carayón, *Bibl. hist.*, 92 s., de Backer, II, 319 s.; *Zeitschr. f. Missionswiss.*, 1920, 235 s.

(3) Cf. Delplace, I, 184, 189, 211; Bártoli, *Degli uomini e de'fatti d. Comp. di Gesù*, Torino, 1847, l. 4, c. 14; el mismo, *Del Giappone*, I, Torino, 1825, 61 s., 74 s., 389 s.; el breve de Gregorio XIII al rex Bungi, de 20 de diciembre 1578, se halla en *Bull. patr. Portug.*, I, 229.

(4) Sobre Valignani prepara una monografía Luis Manzi.

(5) En 1574 el número de los misioneros jesuitas había subido a 42, de los cuales 19 eran sacerdotes; Manuel Cámara, *Missoes dos Jesuitas no Oriente nos siglos XVI e XVII*, Lisboa, 1894, 140.

tarde todavía otro en Ansukimono. En estos establecimientos los jóvenes japoneses se debían educar para el cristianismo, y si se mostraba verdadera vocación, para el sacerdocio. Valignani tuvo el gozo de poder administrar en 1580 el sacramento del bautismo al nuevo soberano de Arima, a quien puso el nombre de Protasio, en vista de lo cual se convirtió casi todo el reino. Fué de la mayor importancia la continuación del favor de Nobunaga, el cual prestó la mayor protección al padre Gneccchi. Para hacer a los misioneros aceptos a los japoneses, el prudente Valignani exigió severamente, que se acomodasen en todo lo posible a las costumbres del país. Esto produjo buenos resultados, Gregorio XIII sufragó una gran parte de los gastos no sólo para los dos seminarios de Arima y Ansukimono, sino también para el nuevo colegio de jesuitas de Funai y para la casa de probación de Inquisenqui (1).

Cuando Valignani, acompañado de Organtino Gneccchi y Luis de Froes, fué a la corte de Nobunaga en la primavera de 1581, fué recibido con la mayor honra. Llevaba al poderoso monarca una silla de terciopelo dorada, algunas varas de terciopelo carmesí y vasos de cristal. Nobunaga usó la silla en un torneo magnífico a que asistió toda la corte. Por desgracia no había esperanza alguna de ganar personalmente a Nobunaga para el cristianismo; todos los esfuerzos de este hombre soberbio y ambicioso iban dirigidos a adquirir gloria militar y a extender sus dominios (2).

Además del ordenamiento de las cosas interiores, Valignani promovió el envío de una embajada de los príncipes cristianos del Japón a Roma, al Papa. Con esto pretendía un doble fin: en primer lugar debía prestarse homenaje y obediencia al supremo jerarca de la Iglesia, y con esto darse la prueba de que su enérgico apoyo a la misión del Japón (3) había producido buenos fru-

(1) V. Maffei, II, 351, y Boncompagni-Ludovisi (v. la nota 2 de la página siguiente), *xxi*. Cf. Huonder, *Clero indígena*, 102 s., y arriba, p. 179.

(2) Cf. Bártoli, *Del Giappone*, I, 137 s., 146 s., 150 s., 155 s., 163 s., 238 s., 248 s.; Delplace, I, 203 s., 207 s.

(3) V. la nota 2 de la página 342. Los grandes triunfos de los jesuitas en el Japón excitaron entonces en la curia justificada admiración; cf. la *relación de Odescalchi fechada en Roma a 25 de octubre de 1578, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Según el *Avviso di Roma de 18 de diciembre de 1582 (*Biblioteca Vatic.*), las expensas anuales del Papa para los colegios de los jesuitas del Japón subían a 4000 escudos. Cf. también Speciani, *Consideraciones, *Archivo Boncompagni de Roma*.

tos; pero juntamente otro designio tenía Valignani ante los ojos, y era el procurar que los japoneses muy orgullosos de sus instituciones y de su saber, por lo que veían sus ojos se formasen concepto de la civilización mucho más elevada del Occidente y del esplendor de la Iglesia católica (1).

Los soberanos cristianos de Bungo, Akima y Onura se avinieron al plan del emprendedor jesuíta (2). Eligieron por embajadores a parientes cercanos todavía jóvenes, porque se creyó por la experiencia hasta entonces adquirida, que podrían resistir mejor que las personas mayores las fatigas de un viaje tan largo y los cambios de clima. El «rey» (daimio) Francisco de Bungo destinó para representarle a un pariente por nombre Mancio Ito, el «rey» Protasio de Arima y el señor de Omura eligieron asimismo a un pariente próximo, Miguel Cingiva. A estos príncipes reales se les agregaron aún dos hombres de la más alta nobleza, Julián Nacaura y Martín Hara. El 20 de febrero de 1582 los embajadores acompañados de varios jesuitas, entre ellos Valignani, se embarcaron en un buque portugués en Nagasaki. La comitiva no era excesivamente numerosa. Ya en la travesía hacia China los pasajeros hubieron de hacer frente a un ciclón durante cinco días. En Macao tuvieron que detenerse nueve meses, pues desde allí sólo una vez al año partían buques para la India. Los japoneses

(1) La opinión de Berchet (Arch. Véneto, 1877, I, 255 s.), de que con el envío de los embajadores se pretendían también fines comerciales y políticos, es insostenible; v. Tacchi Venturi en la Civ. catt., 1904, III, 456, nota 3. También el japonés Mitsukuri se expresa en este sentido en la Revista Hist., LXXXVII, 193.

(2) V. De missione legatorum Iapanensium ad Romanam curiam rebusque in Europa ac toto itinere animadversis Dialogus ex ephemeride ipsorum legatorum collectus et in sermonem latinum versus ab Eduardo de Sande sacerdote Soc. Iesu. In Macaensi portu Sinici regni (Macao, 1590), obra compuesta por A. Valignani, como se advierte expresamente en el ejemplar de la *Bibl. Casanatense de Roma*. Por lo demás este libro no fué el primero que se imprimió en Macao, como cree Brunet; v. Tacchi Venturi, loco cit., 455, nota. Cf. además las Relazioni della venuta degli ambasciatori Giaponesi a Roma... raccolte da Guido Gualtieri, Roma, 1586 (cf. Pagès, Bibliogr. jap., 28), que se editaron nuevamente en Schio en 1895; Sacchinus-Possinus, V, 225 s.; Bártoli, I, 266 s.; Maffei, II, 393 s.; Berchet, loco cit., I, 255 ss., II, 150 ss.; Francisco Boncompagni-Ludovisi, Le prime due ambasciate di Giapponesi a Roma (1585-1615) con nuovi documenti, Roma, 1904, muy hermosa publicación, pero de sólo 104 ejemplares, para celebrar las bodas de oro del príncipe Piombino Rodolfo Boncompagni con Inés Borghese. V. también Cordier, *Bibl. Jap.* (1912), 94-107; Las misiones católicas (de Alemania), 1920, 217 s.

emplearon este tiempo, así como más tarde una larga permanencia en Malaca y Goa, en aprender la lengua latina y la manera de escribir de Occidente.

El resto del viaje hasta la India fué sumamente peligroso y penoso a causa de las tormentas y piratas. Como Valignani recibió la orden de quedarse como provincial en la India, confió el cuidado de los embajadores al P. Nuño Rodríguez, que fué enviado a Roma como procurador en los negocios de la Orden. Además acompañaba a los embajadores todavía otro jesuíta llamado Mesquita, que servía de intérprete. Después de haber doblado el cabo de Buena Esperanza, tras un viaje de dos años y medio arribóse al fin al puerto de Lisboa el 10 de agosto de 1584. El rey Felipe II, que recibió a los embajadores en Madrid, dispuso que se les hiciese en su reino el más honroso recibimiento. Mostróse también el Escorial a los embajadores. En Alicante se embarcaron para Liorna, adonde no llegaron hasta el 1.º de marzo de 1585, detenidos por una mar tempestuosa. El gran duque de Toscana tuvo igualmente todas las atenciones imaginables con los huéspedes extranjeros; en Pisa, Florencia y Sena admiraron las magníficas catedrales y las otras cosas dignas de verse.

Gregorio XIII, después de haber examinado cuidadosamente las copias de las credenciales de los embajadores, hizo que una guardia de honor fuese a esperarlos en la frontera de los Estados pontificios. Desde Viterbo los japoneses pasaron a visitar el palacio de Caprarola, cuyo señor el cardenal Farnesio, los hospedó regimiento. Por la tarde del 22 de marzo llegó a las puertas de la Ciudad Eterna la embajada extraordinaria, aguardada por la curia con grande expectación (1). ¡Tres años enteros y treinta y dos días habían transcurrido desde su partida del Japón! Los embajadores se alojaron en la casa profesa de los jesuitas, así como por lo general también en el viaje lo hacían en alguno de sus domicilios. Al día siguiente debía efectuarse su solemne recibimiento en un consistorio público.

En la mañana del 23 de marzo una muchedumbre enorme se apiñaba en las calles de Roma para admirar a los huéspedes extranjeros venidos del misterioso imperio insular del extremo Oriente. La entrada de los japoneses, cuya pequeña estatura y

(1) Cf. la *relación de Camilo Capilupi, fechada en Roma a 16 de marzo de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

fisonomía, no menos que su edad juvenil, llenaban de admiración, llevóse a efecto con el pomposo ceremonial acostumbrado desde la villa de Julio III (1). De allí la comitiva dirigió su curso por la Puerta del Pueblo y la calle Ripetta, pasó junto a la Torre Sanguigni, y por la calle de Coronari, y la de los Bancos fué siguiendo hacia el castillo de San Angel. Los cañones del castillo saludaron a los embajadores, que cabalgaban en hermosos caballos blancos con gualdrapas negras, ricamente bordadas de oro. Se habían vestido el traje de su país: túnicas blancas de seda, adornos de oro y de aves y flores de diversos colores entretrejidas en las mismas, las cuales estaban abiertas por delante y tenían muy anchas mangas, y sobre los hombros una fina corbata que se cruzaba sobre el pecho y se ataba como un cinturón. A la derecha llevaban un corvo alfanje artísticamente labrado, y a la izquierda una daga, que estaba metida en una vaina adornada con dibujos de laca.

En el Vaticano se ofreció primeramente a los embajadores un refresco, luego se los llevó a la sala Regia, donde el Papa se había juntado con los cardenales. Dos arzobispos condujeron a Mancio Ito, otros dos a Miguel Cingiva, y dos obispos a Martín Hara al solio pontificio. Julián Nacaura hubo de permanecer ausente de esta solemnidad por causa de un fuerte acceso de calentura.

Después que los embajadores hubieron mostrado su reverencia al Papa de la manera acostumbrada, hincando las rodillas, les mandó levantarse y se inclinó hacia ellos profundamente conmovido para abrazar a las primicias de la Iglesia del Japón. Las credenciales se entregaron al secretario de breves, Antonio Boccapaduli. Tras un breve discurso en lengua japonesa, que el Padre Mesquita tradujo al italiano, los embajadores tomaron asiento en una tribuna. Después con general atención el jesuita portugués

(1) Fuera de las fuentes citadas en la nota 2 de la página 352, cf. también la circunstanciada relación de C. Capilupi, fechada en Roma a 23 de marzo de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*. V. también Acta consistorii publ. exhibiti a D. N. Gregorio XIII regum Iapanicorum legatis, Romae (op. Zannettum), 1585 (publicadas por Juan Pedro Maffei; cf. Maffei, II, 421, y Pagès, loco cit., 23); reimpresión Dilingae, 1585, traducción italiana: *Descrizione dell'ambasciata dei regi... del gran regno di Giapone*, Venecia, 1585; v. además las relaciones de Mucancio en Theiner, III, 637 s., y de Alaleone en Boncompagni-Ludovisi, apéndice, 12 s.

Gonsalves dirigió al Papa una oración en latín (1), en la cual expuso lo siguiente: El imperio insular del Japón está tan lejos, que casi no se le conoce más que por el nombre, y algunos hasta dudaron de su existencia. No obstante, por los que lo conocen, es antepuesto a todas las demás tierras del Oriente, e igualado al Occidente por su grandeza, la multitud de las ciudades y la belicosa y prudente población. Sólo le ha faltado la luz de la fe cristiana. Pero después que no hace mucho tiempo con la autoridad de la Santa Sede ha hallado allí entrada el Evangelio, primero como en la antigua Iglesia en el pueblo, con la ayuda de Dios ha sido aceptado también poco a poco por la nobleza, y bajo el feliz y áureo pontificado de Gregorio por señores y príncipes. Así, mientras el Papa trabaja con todas sus fuerzas en la restauración de la religión católica en los países vecinos sacudidos por las herejías, ve también crecer y afianzarse la fe en otras regiones. Este hecho consolador, que hasta ahora sólo le ha sido notorio por noticias, puede ahora por decirlo así tocarlo con las manos y publicarlo a todo el mundo.

Nobles príncipes guiados solamente por motivos religiosos, continuó Gonsalves, han venido de los últimos confines de la tierra, para prometer al Padre de la cristiandad fidelidad y obediencia. En otro tiempo Roma bajo el gobierno del emperador Augusto, túvose por feliz de que viniesen embajadores de la India; ahora se han presentado embajadores de comarcas mucho más lejanas, que han necesitado tres años para llegar a la presencia del Papa Gregorio. Aquellos indos sólo habían querido juntar diestra con diestra; hoy ve Roma a jóvenes de linaje real ofrecer obediencia a par de vasallos. Si la Iglesia en tiempo de San Gregorio Magno tuvo por una dicha especial ver convertida a la fe cristiana a la remota Britania, ahora siente dolor en igual medida por la apostasía de esta isla. Pero la adquisición del Japón significa una rica compensación. El gozo por ella es tanto mayor, cuanto los profetas lo habían previsto y anunciado. Parece que se oye cantar a David en la cítara: «Ahora me sirven los que nunca había conocido, y me siguen gustosos obedeciendo mis palabras». En la antigüedad un filósofo llegó hasta la India, sólo para oír explicar el curso de las estrellas a un jerarca en un trono de oro.

(1) Dióse a la stampa este discurso, traducido al italiano por Agustín Ghattini, Florencia, sin año (1586).

Cuánto más admirable es el amor y el celo de la religión de los japoneses, cuánto más interior su deseo de alcanzar la fe, pues han emprendido un viaje con el cual apenas se puede comparar el de aquel filósofo! Mas en Roma hallaron a Gregorio XIII en la Silla de San Pedro, el cual no enseña ciencia mundana, sino celestial.

En el decurso ulterior de su oración Gonsalves alabó el celo de la religión de los príncipes japoneses que habían enviado la embajada, para terminar luego con un elogio del Papa. Un príncipe ideal con lo que mejor puede compararse, es con el sol; está en medio del cielo y alumbra con sus rayos no sólo lo que más de cerca le rodea, sino también los últimos términos del orbe de la tierra. Así también la liberalidad y el celo religioso de Gregorio XIII no se limita a Roma, a Alemania, Bohemia, Hungría, Polonia, Siria, Grecia, y Esclavonia, sino se extiende por decirlo así más allá de la órbita solar hasta la remota tierra de los japoneses. Tan pronto como ha advertido el Papa, que la fe cristiana estaba allí establecida, con la persuasión de que sólo entonces le quedaba asegurado un notable progreso, cuando algunos naturales del país fuesen formados para sacerdotes, no ha perdonado gastos a fin de fundar algunos colegios para jóvenes estudiantes. Por efecto de ello es de esperar que el cristianismo hará tales progresos por el trabajo de los alumnos de estos establecimientos y por medio de los miembros de la Compañía de Jesús, que apenas se podrán contar los cristianos del Japón.

A este discurso contestó en nombre del Papa Antonio Boccapaduli. Dijo que los príncipes japoneses habían hecho bien en enviar una embajada a la Santa Sede, pues no había en la tierra más que una fe, una Iglesia universal, una Cabeza y un Pastor: el sucesor de Pedro y obispo de Roma. Que de buena gana aceptaba éste la obediencia de los príncipes del Japón, y rogaba al cielo, que siguiendo su ejemplo los reyes y príncipes de todo el mundo renunciases a la idolatría y a los errores, y conociesen al verdadero Dios y a quien El ha enviado, Jesucristo, en el cual está la vida eterna.

Después que los embajadores hubieron de nuevo mostrado al Papa su veneración, acompañáronle a sus habitaciones. Luego asistieron a un banquete dado por el cardenal Boncompagni, en el cual se hallaron también el cardenal Guastavillani y el duque de Sora. Al fin tuvieron todavía una audiencia privada con el Papa,

en la cual el jesuita Juan Pedro Maffei sirvió de intérprete. En una audiencia posterior presentaron sus regalos, entre ellos un precioso escritorio de ébano, y un cuadro que representaba una ciudad japonesa, el cual fué incorporado a las colecciones del Vaticano.

En el tiempo siguiente Gregorio XIII colmó a los embajadores de atenciones. Pagó los gastos de su estancia, les envió pescados exquisitos, pues era cuaresma, y mandó que sus médicos atendiesen al enfermo Julián Nacaura; en lo cual mostró tanto interés como si Nacaura fuese su propio hijo. Para los colegios del Japón destinó cuatro mil escudos anuales durante veinte años. Cuando los embajadores en la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora fueron a la iglesia de la Minerva, se les señaló como a príncipes reales un sitio delante del margrave de Baden. Como su extraño traje japonés llamaba demasiado la atención del pueblo romano inclinado a la burla, el Papa les envió vestidos europeos con un regalo de mil escudos. Con estos vestidos se presentaron el 29 de marzo en San Pedro para ganar la indulgencia plenaria concedida (1).

También los cardenales y los embajadores cerca de la curia tributaron los mayores honores a los huéspedes extranjeros. En oposición a los anteriores embajadores de Rusia, los japoneses se portaron de un modo sumamente cortés, urbano y modesto (2). Los cuatro sabían bien el portugués y asimismo el latín, español e italiano; no obstante con las personas extrañas se comunicaban siempre por medio de un intérprete. Causó agradable impresión su templanza en el comer (vino no lo bebían por lo general), su penetrante inteligencia, su prudente reserva y la facilidad con que se asimilaron muy presto a los usos occidentales de cortesía. La manera como profesaban el cristianismo, era en extremo edificativa. Con grandísima reverencia y devoción asistían diariamente a la santa misa y recibían cada ocho días los santos sacramentos. Los jesuitas cuidaban de que no se les ofreciese a la vista nada que pudiera escandalizarlos, y después de la vuelta a su patria perjudicar a la misión.

(1) Cf. la *relación de C. Capilupi, de 30 de marzo de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Las relaciones que sobre esto hicieron los jesuitas, son confirmadas por otras fuentes; v. Arch. Véneto, 1877, II, 153.